

Sesión solemne de las Cajas de Ahorro benéficas

Madrid.—En la Real Academia de Jurisprudencia se ha celebrado la solemne sesión de las Cajas de Ahorro benéficas, presidida por el subsecretario de Trabajo, con motivo de la entrega de premios otorgados en el Concurso Nacional, abierto para fomentar el ahorro en las escuelas. Se pronunciaron discursos y se hizo entrega de los premios citados. (Logos).

SI NO ASUMIMOS LA DIRECCIÓN, no habrá paz en el mundo, declara Truman

Estados Unidos deben ser los primeros en ratificar la Carta de las Naciones Unidas

El Congreso prescinde de sus vacaciones para dedicarse a la aprobación de la Carta

Cordell Hull firma la Carta de San Francisco Washington.—El ex subsecretario de Estado, Cordell Hull, firmará la Carta de las Naciones Unidas como el padre de la nueva organización mundial, no pudo firmar el citado documento en San Francisco a causa de la prolongada enfermedad que le retiene en el Hospital Naval de Maryland desde hace ya ocho meses (Efe.)

Discurso de Truman

Ciudad de Kansas.—En un discurso pronunciado por el presidente Truman, este calificó la Carta de las Naciones Unidas de nueva Constitución mundial. «Debemos ratificar

Labor social del Estado Español

La labor social desarrollada por el Estado español en estos últimos años, se pone hoy de actualidad, cuando a través de la organización sindical, se estudian en las horas presentes, diversas reglamentaciones de trabajo para aquellas industrias que no han sido reglamentadas con carácter nacional. La gestión encargada a los Sindicatos, que ha de ser elevada a la Superioridad, para darla la máxima efectividad práctica, es importante. Viene, sencillamente, a completar una parte —porque el Estado aspira a una superior labor en este campo— de la gestión general desarrollada en materia de Justicia y mejoras sociales.

Tomando como base la escasísima legislación social realizada antes del año 1936, casi exclusivamente a través del Instituto Nacional de Previsión, se ha superado esta etapa gigantesca en los años que han transcurrido desde aquél citado, hasta el presente. En el mismo Instituto Nacional de Previsión, la organización de los Seguros Sociales y Subsidios complementarios, así como las restantes instituciones de mejoras, pruebas a la nupcialidad y tantas otras que merecen detallarse con más pernicio, han sufrido una completa transformación y han llegado a ser efectivamente mejoras de singular importancia.

Fuera de esta institución principalista, en la que funcionan los Seguros Sociales, la labor no es menos intensa. Desde la creación de los beneficios a familias numerosas, hasta las modernísimas legislaciones nacionales de Trabajo, el programa efectuado ya es complejísimo y de gran trascendencia. Hoy los subsidios, las mejoras por familiaridad, los sistemas de percepción de haberes y la vigilancia sobre todo este sistema de organización social, han hecho realmente práctico todo lo realizado y conseguido. No queda en esto la marcha constante hacia una perfección del sistema, y cada paso dejó siempre abierto el cauce al siguiente. El triple concepto de la producción, promulgado por nuestro Movimiento: Capital, técnica y trabajo unidos en el esfuerzo y en el beneficio, va desarrollándose, paso a paso, en una aspiración sincera y palpable de lograr su completa realización.

Por ello hoy, cuando nuevamente se avanza en la labor de justicia social, este tema de lo realizado se pone de relieve y de actualidad, y merece descansar detalladamente.

Correspondiente a la sesión solemne de las Cajas de Ahorro benéficas, se ha celebrado la solemne sesión de las Cajas de Ahorro benéficas, presidida por el subsecretario de Trabajo, con motivo de la entrega de premios otorgados en el Concurso Nacional, abierto para fomentar el ahorro en las escuelas. Se pronunciaron discursos y se hizo entrega de los premios citados. (Logos).

El Adelanto

DIARIO DE SALAMANCA

REDACCIÓN Y TALLERES: TELÉFONO 1924
CALLE DE RAMOS DEL MANZANO, 16

ADMINISTRACIÓN: TELÉFONO 2013
RUA MAYOR, 15. — APARTADO 12

Sábado, 30 de junio de 1945

Las reliquias de San Juan Bautista

Ciudad del Vaticano.—La Catedral de Génova, que se presta a conservar las reliquias de San Juan Bautista, las ha visto volver a su puesto ordinario, entre la alegría de todo el pueblo. Durante la guerra habían sido trasladadas estas reliquias, en secreto, al santuario del bosque de Camelli.

La contestación de Turquía a las pretensiones rusas sobre los Estrechos**CHECOESLOVAQUIA CEDE LA RUTENIA A LA URSS**

Contestación de Turquía Estambul.—Según la Prensa turca, la contestación de Ankara a las condiciones ofrecidas por Rusia para el acuerdo de un nuevo Tratado entre ambos países hace referencia a la premisa anglo-rusa de 1941, de que ni Gran Bretaña ni la URSS abrigaran intenciones agresivas contra Turquía de que no reúna que formulara ninguna pretensión sobre los Estrechos, de que respetaría la integridad territorial de Turquía y de que acudirían en ayuda de este país en caso de ser atacado. Rusia exige ahora, al parecer, la revisión del Estatuto de los Estrechos y la de-

sición de Mars y Ardahan, anexionadas por Turquía en Eresz-Lowisk. (Efe.)

Declaración de Rutenia a la URSS

Londres.—La radio de Moscú anuncia que los Gobiernos Soviético y checoslovaco han firmado un acuerdo en la capital soviética, por el cual se transfiere la Rusia subcarpática (Rutenia)—la provincia más oriental de Checoslovaquia—hacia el comienzo de la guerra—a la Unión Soviética. El acuerdo fue firmado por el doctor Flerlinger, primer ministro checoslovaco, y Molotov, comisario soviético de Asuntos Exteriores.

El acuerdo dice: «La Ruta subcarpática vuelve a unirse en conformidad con el deseo expresado por la población y sobre la base del acuerdo amistoso alcanzado entre las dos partes contratantes, a su antigua patria, Ucrania, y queda anexionada a la República Socialista Soviética de Ucrania». (Efe.)

Se suspenden las vacaciones

Washington.—El Congreso norteamericano ha acordado suprimir las vacaciones de verano durante el mes de julio, con el fin de disminuir y aprobar la Carta de las Naciones Unidas de nueva Constitución mundial. «Debemos ratificar

esta Constitución, añadió, y queremos ver que los Estados Unidos sean los primeros. Hay algo que debemos aprender, puede que sea una lección que a muchos les cueste trabajo aprender. Es absolutamente preciso que la mayor República sobre la cual ha brillado el sol conviva con el resto del mundo. Vivimos en un solo mundo, como dijo Willkie, y debemos convivir con él. A menos que no asumamos la dirección, no habrá paz en el mundo, fueron las últimas palabras. (Efe.)

En algunas localidades ya se está haciendo

Lisboa.—En numerosas poblaciones y pueblos portugueses se ha sido rationada el agua, a causa de la persistente ola de calor. Las autoridades han anunciado que, posiblemente, tendrá que rationarse también en Lisboa.

En lo que se refiere a las cosechas, la sequía ha causado un gran desastre en la producción. Así, la de arroz ha disminuido en un 30 por 100,

y la de trigo en un 50 por 100. Por el contrario, hay buenas perspectivas en lo que se refiere a las cosechas de uva y aceituna. (Efe.)

La Sección Femenina de la Falange realiza la campaña nacional de Higiene. «Qué es la vida que razona bienestar?

La juventud y el entusiasmo a favor de la reconstrucción patria lleva el bienestar de la higiene a todos aquellos hogares pobres y miserables.

Churchill regresa a Londres

Churchill regresa a Londres

Londres.—Después de 2.500 kilómetros de viaje electoral durante el cual ha pronunciado más de treinta discursos, el primer ministro, Churchill, ha regresado esta mañana en tren especial. Churchill tenía aspecto cansado, pero salido con entusiasmo a la gente que se había congregado para aclamarlo en la estación ferroviaria. (Efe.)

Recibido por el rey

Londres.—Winston Churchill ha sido recibido por Jorge VI

Churchill regresa a Londres

Churchill regresa a Londres</p

Los Deportes

La organización de la liga

He aquí la organización de la Liga en todos sus grupos, que ha sido aprobada para la temporada próxima:

PRIMERA DIVISIÓN

Barcelona, Madrid, Atlético Aviación, Oviedo, Atlético de Bilbao, Valencia, Castellón, Español, Gijón, Sevilla, Murcia, Alcoyano, Hércules y Celta.

SEGUNDA DIVISIÓN

Real Sociedad, Xerez, Badajoz, R. Santander, Zaragoza, Ceuta, Ferrol, Mallorca, Sabadell, Granada, Gimnástico de Tarragona, U. D. Salamanca, D. Coruña y D. de Córdoba.

TERCERA DIVISIÓN

(Salvo retiradas y modificaciones que se hagan para la próxima temporada):

Primer grupo.—Ponferradina, Lemos, Lucense, Santiago, Orenseana, Berbés, Pontevedra, Galicia, Turista y Betanzos.

Segundo grupo.—Oriamendi, Avilés, G. Torrelavega, C. Popular, Tanagra, Juventina, Barreda, D. Maestranza, Santoña y Langreo.

Tercer grupo.—Arenas, Sesma, Brandio, Indauchu, Vasta-

Baloncesto EL "NUNO", VENCIDO EN MADRID

En el campo del América se celebró ayer la eliminatoria correspondiente al campeonato nacional de Grupos de Empresas, entre el "Nuno", de Salamanca, y el equipo de la Jefatura provincial del Movimiento de Madrid, en el que formaban jugadores tan destacados como Villamil, Alonso, Ríos y Chonique.

El partido resultó muy interesante, si bien los salmantinos acabaron el consenso del viaje.

El resultado fue de 41-23 a favor de los madrileños.

Árbitro: señor González, miembro de la Federación Nacional.

Trofeo «Ferreira» AVIACIÓN Y SALMANTINO. FINALISTAS

Ayer se resolvieron las semifinales del Trofeo Ferreira. En Matacán, el Aviación se desentendió fácilmente del Monterrey, que encajó un estrepitoso 12-1.

En el campo de Ingenieros se celebró, por la tarde, el Sal-

MARI-PAZ

con sus helados demuestran que no tiene competencia ni en calidad ni en precios

MANTECAZO AL CORTE 1,50 ptas. (3)

conia, Tolosa, Deportivo Alavés, R. Unión de Irún, Mirandilla-Paco Iglesias. El tanto fue de 5-1, favorable a los salmantinistas.

Con estos resultados se clasificaron para jugar la final el Aviación y el Salmantino.

José Pedraz CIRUGÍA GENERAL Y DE BIRROS Y VIAS URINARIAS Consulte a los doctores VILLAR Y MACIAS, NÚMERO 14 Teléfono 2311

41

NEVERAS precios de liquidación

JESÚS RODRÍGUEZ LOPEZ

3

Plaza de Toros de Salamanca

DOMINGO 1.º DE JULIO DE 1945

EXCEPCIONAL ACONDICIONADO TAURINO HOMENAJE A LOS JUGADORES DE LA U. D. SALAMANCA

Dos novilleros punteros

PEPE CANTO ANTONIO MARTORELL

DOS EMULOS TAURINOS

GARCIA

(El Manolete de los futbolistas) y

MUNOZ

(El Arruza del Calvario)

Secundados por NANO - JOVEN - GOYO - PARRAGA - ORUÑA - MATEOS - QUIQUE DAMASO - SALINAS - SUSO

CINCO desengaños regalos, CINCO

Un aparato de radio PHILIPS (toda onda)

Una máquina de coser ALFA (de cinco gavetas)

Un aparato de radio ASKAR (toda onda)

Una COCINA ELÉCTRICA de dos hogares y horno

Un BALÓN de los que ganan

Precios desde TRES pesetas

BUSQUE PROGRAMAS CON DETALLES

(3)

B. GONZALEZ ZAPATERO

Médico pueril

ENFERMERÍAS DE LA ESPAÑA
RAYOS X

Almagro, 4 Consulta a los 12

G. S. n. 14

81

Atención: Oficina abierta el creciente oficina una selección de 8.500 euros de los mejores autores, mediante abonos mensuales de hasta de 2.500 y 7 pesetas; todos los años se reciben abonos de extranjeros y norteamericanos. Generalidad Práctica, 14, centro de San Fernando de Henares. (3)

En San Sebastián recomendamos

HOTEL FLORIDA

A cien metros de la playa

Dr. Moraza

CATEDRÁTICO DE CIRUGÍA

Consulta a una a tres

Polo Martín, 9. Teléfono 1523.

(Al lado del Hospital Provincial)

E. E. n. 14

DOCTOR

Arturo Santos

CIRUGÍA - RAYOS X

Consulta a los 12

Concejo, 12, principal. Teléfono 1861

G. S. n. 14

14

Doctor Marín

CIRUGÍA GENERAL

Montejo, 5 Teléfono 2352

E. E. n. 14

14

BALNEARIO DE

CORCONTE

Rifón, Hipertensión, Célicos

Nefriticos. Clima ideal para

veraneo y reposo

Temporada 1.º Julio 30 septiembre. Informes, Paseo de

Pedraza, 36 - Santander

G. S. n. 14

14

Continúa en cuarta plana

Universidad de Salamanca 10

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

30 6-45

¡Y A VERRAS!

Cuento recomendado por el Jurado del premio «Mariano Núñez Alegría», original de Felicísimo Martín Gómez.

Sobre la placida de la tarde cayó, lenta y sonora, la última campanada del toque de oración. Avanzaban las sombras de la noche y los niños, que corrían sus juegos a la dulce invitación de la campana, iban, deslubujadas sus figuras en la oscuridad, regresando a sus casas. Su doroso y constado llegó a lo suyo Luis Antonio, un chiquillo de nueve años, vivaracho y alegre, cuyos ojos eran dos constantes interrogaciones y cuyo rostro era todo una sonrisa. Entró como una tromba en el comedor donde su madre, afanada en labores caseras, lo recibió con un beso y con su peculiar gracioso cariño, la saludó de esta manera:

—Buenas noches, señora mamá.

—Buenas noches, señor hijo —contestó la madre—. ¡Comiendo vienes de fierro...! ¿Qué has hecho?

—He luchado con Jacinto. Me dijo que me podía y lo he dicho yo.

—Pues cualquiera diría que has estado tú debajo.

—Es que, ya en el suelo, me dió la vuelta y se puso él encima.

—¿Qué cosas hacéis? Ya te lo he dicho que no quiero que luches con nadie.

—Luchamos en broma, mamá.

—Ni aun en broma, que luego termináis de veras.

—Nas de saber qué a mí, porque no quiero "jugar a las pedras", me dicen que tengo miedo; que soy un cobarde. Por eso "me agarra" con él y lo caí.

—La valentía no se demuestra contando daños, sino evitándolos. Además, los niños que son valientes, no se asustan porque los llenan cobardes.

—Oye, mamá, eso es muy bonito. Explícame bien.

—Mira, hijo mío, los hombres que no se atrevan a obrar el bien, quieren nivelar a los buenos con el rastro de su maldad. Ellos, que son juguetes de todas las pasiones, pretenden ocultar su propia cobardía lomando por visitas los vicios, haciendo creer a los demás que son fuertes porque no se someten a las leyes de Dios cuando, en realidad, son hombres en derribo que no tienen valor para dominar los malos instintos y seguir los normas de la verdad y del amor, ya que éste les impide un gran sacrificio, que no se atrevan a hacer. Hay muchos hombres, y muchos niños, que se dejan convencer por falsas erguerías de hombria, y si no obran el mal directamente, dejan de hacer el bien, que es una de tantas clases de maldad, con lo cual, son tan débiles como los primeros, pues, por temor a caer en su desgracia se hunden en el abismo de una infamia sin nombre. Pero hay otros hombres y otros niños que, viendo con ojos certos cuál es su deber, aunque los cueste dolores de sangre en lo más honda de sus entrañas, desprecian los juicios de los maldados que los injurian y, olvidando los caminos de rosas por donde marchan los cobardes, eligen senderos de espinas por donde caminan sólo los valientes. Esto es lo que te quería decir cuando te dije los niños valientes no se asustan porque los llenan cobardes. Los cobardes gritan, blasfeman, injurian y odian. Los valientes callan, aman y perdonan. Los cobardes son capaces de matar hasta a sus hermanos. Los valientes llegan a dar hasta por sus enemigos, aunque éstos los persigan la vida. Dios los llama mártires.

—Es verdad, mamá... Ya te diré yo a Jacinto y al Rubio que son unos cobardes.

—Por qué?

—Porque han dicho que mañana van a apedrear alijo Mendoza.

—¡Jesús! ¡Pobrecito! ¡Qué mal les ha hecho!

—Como siempre anda de noche y tiene esas barbas... dicen que es un brujo y que hace mal de ojo.

—Ríe la madre, a su pesar, estas peregrinas ocurrencias y sería otra vez, repuso:

—Pues mucha cuidado con seis de ellos.

—Yo, mamá, yo... Y si, muy si, en los ojos de su madre con un aspecto de firmeza impróprio de sus años, volvió a repetir, después de una breve pausa: «Yo... Yo iré». Al día siguiente, en aquella plazuela donde la Iglesia, maternal, levantaba su frente como resumen de todos los anhelos y de todos los amores, los niños jugaban y reían. Allí estaban Luis Antonio, Jacinto y el Rubio en medio de sus compañeros. Corrían, disputaban, gritaban. De pronto, se pararon los juegos, se acercaron los gritos, convergieron los miradas hacia un punto lejano y, como si obedecieran a una secreta consigna, con voz apagada de simpatía confidencial, dijeron los tres: ¡Iijo Mendoza!

Elijo Mendoza, como la Hambrana en el pueblo, era un pobre viejo de ochenta años. Fue soltero en sus años moros, gallardo y arrogante. Fuerte, y honrado a costa de su fuerza, se enorgullecía de su humilde labrador muy pobre, pero muy honesto, con lo que se casó. Tuvo un hijo fuerte y honrado como él: sencillo y humilde como su madre. Y fué feliz, como todos los que buscan lo dicho en la paz de su trabajo y en la tranquilidad de condisciplina. Iijo la vida le trajo después muchos amargos y la muerte lo llevó para siempre a su esposa y a su hijo. Quedó sólo, con los profundos heridos en el alma, y solo, viviendo durante muchos años, ganando lo indispensable para no morirse de hambre en un oficio tan poco lucrativo como el de zapatero y de viejo. Habitaba una desolada casucha estrecha y húmeda, donde la cocina, negra y maloliente, era, a la vez, taller y dormitorio. ¡Bien podría ser tan miseria viviendo la imagen de su alma sin el cielo de una ilusión ni la luz de uno sonrisa! El llevaba su propia ropa y hacia su comido y nadie pasaba los umbrales de aquél tugurio tocado, según las gerías, de algún misterioso maleficio. Su rostro estaba cubierto por espesa barba, aún no del todo blanca, pero sucia y desverdada como sus cabellos, que caían en desorden sobre la frente rodillada, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piernas con un pantalón de pena, remendado y gresado, en los que llevaba sujetas, por encima de los rodillitos, las abrazaderas de vendas. Sus ojos, sin el brillo de los días, fijos, miraban de un modo raro, entre doliente y agradivo. Los niños y las personas echaban mucho peso sobre sus espaldas y, al entrar, lejano y encorvado, apenas sus pies se despegaban del suelo. Vestía un encuado chancayón que no tué hecho para él, desgarrado y descolorido y cubría sus piern